

Claves de oratoria política en las *Memorias* de Manuel Azaña

Xavier Laborda Gil

Universidad de Barcelona. Facultad de Filología y Comunicación

xlaborda@ub.edu

Keys to political oratory in the *Memoirs* of Manuel Azaña

Fecha de recepción: 1.9.2021 / Fecha de aceptación: 17.12.2021

Tonos Digital, 42, 2022

RESUMEN:

La oratoria de estadistas es un campo de estudio tan atractivo como engañoso, porque en sus obras y efectos cuentan tanto o más los mecanismos del poder que la capacidad de los oradores. La figura de Manuel Azaña, humanista y político principal en la II República española, participa de estas condiciones. La interpretación de su faceta oratoria es una tarea de interés para considerar claves de su personalidad, así como de retórica parlamentaria. La brillantez de sus discursos y la trascendencia histórica que tuvieron contrasta con la opinión, según los críticos, de que la personalidad de Azaña no ha sido comprendida por sus coetáneos. La lectura de sus *Memorias políticas* (1931–1933) y *Memorias de guerra* (1936–1939) permiten analizar los juicios y relatos que Manuel Azaña confió en los diarios que formaron esos dos volúmenes. Sobre el panorama de la República y la Guerra Civil se plasma el fracaso literario y político de Azaña. De estas batallas perdidas se redime con un ejercicio y una reflexión retóricas formidables.

Palabras clave: retórica; historiografía; Manuel Azaña; memorias.

ABSTRACT:

The oratory of statesmen is a field of study as attractive as it is misleading, because in its works and effects the mechanisms of power count as much or more than the capacity of the speakers. The figure of Manuel Azaña, humanist and leading politician in the Second Spanish Republic, participates in these conditions. The interpretation of his oratory facet is a task of interest to consider keys to his personality, as well as parliamentary rhetoric. The brilliance of his speeches and the historical significance they had contrasts with the opinion, according to critics, that Azaña's personality has not been understood by his contemporaries. The reading of his *Political Memoirs* (1931–1933) and *Memories of War* (1936–1939) allows us to analyze the trials and stories that Manuel Azaña entrusted in the diaries that formed these two volumes. On the panorama of the Republic and the Civil War is reflected the literary and political failure of Azaña. These lost battles are redeemed with a formidable rhetorical exercise and reflection.

Keywords: rhetoric; historiography; Manuel Azaña; memoirs.

EL ESTADISTA COMO ORADOR

El examen de dos obras de Manuel Azaña, *Memorias políticas (1931–1933)* y *Memorias de guerra (1936–1939)*, permite al lector revisar las reflexiones metalingüísticas que el estadista realiza sobre su dimensión oratoria. Esta actividad invita, al mismo tiempo, a apreciar una prosa de calidad literaria y un archivo histórico sobre agentes y acontecimientos capitales de la II República española.

El estudio de oradores notables suministra referencias sobre las cualidades del comunicador en su tiempo y sobre las claves de la elocuencia retórica. En el caso de Manuel Azaña, todos los términos alcanzan plena magnitud. La oratoria política es una vertiente relevante de la producción retórica, si bien plantea alicientes y dificultades considerables. Por una parte, la de los alicientes, están la extraordinaria influencia social con que corona ciertos discursos y el prestigio que consiguen personalidades llamadas a figurar en el relato de los historiadores. Por la otra, las

condiciones de la contienda y en su caso la asunción del poder introducen sesgos difícilmente ponderables en un estudio oratorio.

Hay que advertir sobre una dificultad de consideración. La preferencia de los investigadores suele ser la evitación de los estadistas como objeto de trabajo, tanto por la desmesura de sus figuras –aupadas por mecanismos magnificadores– como por la incómoda posición del investigador. A su vez, la probidad del investigador está expuesta a la desconfianza ajena. La realidad del orador que desempeña la función de estadista está vinculada a la leyenda que promueve y a la ideología de la perspectiva histórica con que se le juzga. Hasta tal punto se produce esa amalgama irrevocable, que resulta impertinente esperar del observador una concepción objetiva.

Hecha esta reserva, parece provechoso inquirir sobre aspectos retóricos de personajes ahormados por la leyenda. Es este escrito nos ocupamos de una personalidad que, además de literato, fue un político implicado en hechos extraordinarios. Manuel Azaña (1880–1940) tuvo un papel principal en la II República española. En la década de 1930 fue sucesivamente ministro, presidente del Consejo de Gobierno y presidente del Estado. Sus *Memorias políticas (1931–1933)* y *Memorias de guerra (1936–1939)* son documentos de indudable valor literario e histórico. En sus páginas el autor expresó en primera persona las claves de su oratoria, con las que destacó en sagacidad, brillantez y efectividad.

Para conocer estas obras de Manuel Azaña cabe consultar fuentes de otros autores. Hallamos en ellas comentarios de quienes compartieron su tiempo, y que han dejado así constancia de opiniones diversas y contradictorias, en ocasiones, sobre su personalidad y sus actividades oratorias. Es preciso aquí seleccionar a los testigos de entre aquellos que han dejado apuntes sobre su visión de Azaña. Parece ecuaníme la autobiografía *La España de mi vida* el democristiano, de Ángel Ossorio (1977), adversario político de Azaña pero leal parlamentario. También, un joven Francisco Ayala conoció a Azaña como tertuliano en el café La Granja El Henar y más tarde militó en el partido que lideraba, Acción Republicana, de todo lo cual da cuenta en *Recuerdos y olvidos* (1982).

Entre los estudios contemporáneos sobre Azaña, aplicados a su faceta literaria y oratoria, destacan las obras del filólogo José-Carlos Mainer *La*

edad de plata (1902–1939) y, también, *Años de vísperas*, que lleva el subtítulo de *La vida de la cultura en España (1931–1939)*. En ellas Mainer aporta una interpretación original del proceso cultural en que participó Azaña, en el primer tercio del siglo XX español. Junto a este académico, interesa atender al análisis del escritor Andrés Trapiello, especialista del género memorialista de los diarios, que ha publicado estos dos ensayos, *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1994)* y *El escritor de diarios (1998)*.

CUALIDADES DE AZAÑA

Por su formación, Manuel Azaña fue un intelectual que participó en la primera línea de la vida pública, durante los años finales de la Monarquía y el establecimiento de la República. Sin embargo, sus preferencias fueron las letras y la creación literaria. Una prueba de su pasión por la cultura es que durante la Guerra Civil sostuvo que defender el Museo del Prado importaba mucho más que la República y la Monarquía juntas.

Los rasgos de Azaña como orador se compendian en una racionalidad luminosa, dotada de un verbo fluido y convincente (Ossorio 1977: 149–152). Para corroborar esta opinión, que manifiestan sus coetáneos, disponemos de los discursos parlamentarios. Al leerlos se admira el orden y la claridad con que razonaba sobre asuntos que, mientras estuvo implicado, adquirieron una virulencia insólita. En la vida política, Azaña era un organizador. El modo ágil y eficaz que mostró para gobernar no era sino una manifestación de su mentalidad ilustrada. Como cuentan los que le conocieron, supo poner en orden instituciones como el Ateneo de Madrid o el Gobierno.

Se señala como indicio de la calidad de la prosa de Azaña su pragmatismo. Fue un modelo de administración, pues se cuidó de la esencia y de los detalles en lo que atañía a su responsabilidad. Allí donde entraba, asegura el diplomático Ángel Ossorio, arreglaba inmediatamente las cosas, salvaba joyas artísticas, descubría bellezas, edificaba. Dicho de un modo visual, iban con él los albañiles, los cerrajeros y los carpinteros. Así sucedió

en el Ministerio de la Guerra, en la Presidencia del Gobierno y de la República.

Azaña no leía sus discursos, sino que seguía un guion mental de insólita solidez. Su elocuencia parecía brotar de una inspirada voz interior. Como le envidiaban su locuacidad, que parecía improvisada, Azaña replicó que preparaba sus discursos a conciencia. Solía dedicar a su ideación horas de reflexión. Gustaba de ir a la sierra de Madrid, desde donde contemplaba en silencio el paisaje y meditaba sobre las cuestiones en debate. Su sentencia "España será laica o no será"–utilizada por otros para múltiples asuntos– es una de las frases que ilustran su trascendencia oratoria y que marcaron una época.

Era un orador magnífico, pero a su racionalidad le faltaba el componente pasional. Su prudencia y clarividencia adolecían de sagacidad sobre los sentimientos, sobre la vida. De ahí que los argumentos que expresaba fueran magistrales pero fríos. A esta carencia se añadían otros defectos en la actuación. Su rostro era inexpresivo; él mismo lo calificaba de "yeso". En las intervenciones usaba de un tono monocorde y parco gesto. Su gusto por los discursos largos no permitía que pasara desapercibido ese estilo racional, seco e impersonal. Azaña no era un orador que llevara al estrado la vivacidad. Sin embargo, hablando era el entendimiento en acción. Además, sus comentarios irónicos eran de una eficacia temible.

Soportó con entereza unos tiempos convulsos, que hicieron de él objetivo de una campaña de desprestigio degradante. La polarización política en la República hizo de Azaña, no ya un líder, sino un símbolo parlamentario. Una multitud de seguidores le aclamaba y acudía a escuchar sus discursos en proporciones tales que, en alguna ocasión, se hubo de habilitar un escenario en descampado. Medio millón de personas que fueron a escucharle en algún acto del Frente Popular. Esas actuaciones forman la serie de discursos en campo abierto de Azaña. La obra discursiva de Azaña es un legado valioso, que constituye no sólo un documento histórico, sino también una fuente de inspiración retórica, en una situación dramática de gobierno y de entendimiento colectivo.

MEMORIAS POLÍTICAS Y MEMORIAS DE GUERRA

Las *Memorias políticas (1931–1933)* y las *Memorias de guerra (1936–1939)* son escritos biográficos que Manuel Azaña redactó mientras desempeñaba cargos de gobierno. Sobre su infancia y juventud ya había publicado en 1927 la novela autobiográfica *El jardín de los frailes*, centrada en su etapa de interno en un colegio religioso en El Escorial. El interés de esta novela empalidece frente a las memorias por dos razones. En primer lugar, las memorias, que no tienen una intención literaria, permiten al autor una expresión precisa y congruente con su manera de pensar, de modo que se libera del estilo decimonónico que desangela la novela. La intención estética de Azaña en la novela *El jardín de los frailes* es mucho menos efectiva que en la prosa memorialista. En segundo lugar, las anotaciones que a diario recoge el estadista en su cuaderno tienen el atractivo de presentar, con tanta brevedad como violencia, acontecimientos y personajes que cincelan la historia del país.

Estas *Memorias*, en tanto que dietario urgido por las solicitudes cotidianas, tienen los rasgos de un borrador de hechos, impresiones y decisiones, que su autor escribía en horas sustraídas al descanso. De haberse dado la ocasión de un retiro largo y apacible, cosa que no sucedió, pues Azaña murió en noviembre de 1940, los cuadernos bien podrían haber dado pie a una elaboración narrativamente selectiva. Y el autor podría haber compuesto una perspectiva, libre del empuje de los días, ya que cubren el diario éxitos y crisis políticas, como palanca sincopada.

Cada volumen cubre un trienio, de 1931 a 1933 y de 1936 a 1939, esto es, el inicio y el final de la República. A pesar de referir períodos de una duración similar, el primero contiene el doble de anotaciones. En vez de atribuir esa distribución asimétrica a los motivos de la experiencia o al tiempo disponible para la redacción, nos inclinamos a creer que no se vive ni se escribe en vano. La novedad del gobierno y las expectativas que crea la institución del régimen fueron un aliciente para reseñar muchos acontecimientos y para retratar a un tropel de personajes. Del arrebató inicial con que sometió a escrutinio la acción diaria, ya en el período de guerra, Azaña pasó a una escritura selectiva, ensombrecida por el desgaste personal y el drama de la guerra. Del incesante tráfigo de entrevistas,

debates parlamentarios y cavilaciones ministeriales en que estuvo inmerso Azaña, con desbordante intensidad en el primer trienio, pasó a una revisión discontinua –con semanas en blanco– de las crisis y de las fases de la contienda.

Por otra parte, en lo que se refiere al estilo, la variedad de recursos expresivos es llamativa. El autor narra en ocasiones telegráficamente las escenas, como si dispusiera unos apuntes para ulteriores trabajos, mientras que en otros momentos presenta con detalle los sucesos. Y aún añade diálogos de los personajes o se hace eco de la repercusión que tienen en la prensa y la vida política.

Los acontecimientos históricos han quedado registrados en libros de Historia. Produce cierto vértigo leer el relato que hace Azaña, a medida que se suceden los acontecimientos, sin que parezca posible evitar su funesto rumbo, hasta desembocar en el estallido de la guerra. A pesar de haber transcurrido casi un siglo entre los desvelos del diarista y el lector de hoy, las anotaciones mantienen la viveza del retratista de personajes. Estos tienen una frescura palpitante y cierto patetismo, por las astracanadas, ferocidades o vilezas en que incurren, comportamientos de los que levanta acta sumariamente el diarista.

A principios de su labor como ministro de la guerra, en julio de 1931, Azaña recoge una opinión de Valle-Inclán sobre su persona. El dramaturgo gallego había asegurado a los filólogos Miguel de Unamuno y Luis Bello que “soy un mediocre, y lo he sido siempre–escribe Azaña–, que no tengo imaginación, como lo prueban mis escritos, de los que nadie ha hecho nunca caso, salvo ahora que soy ministro”. Al parecer, ni Unamuno ni Bello comparten esa opinión, nacida del carácter atrabiliario del personaje. “De Valle-Inclán –sentencia con mordacidad Azaña–, como no lo fundan de nuevo, nunca podrá hacerse respetar”.

De no saber de antemano el final de los años republicanos, sería digno de aprecio el sesgo esperpéntico de sus personajes. La deformidad y la ternura se entrecruzan en su comportamiento, sin que se pueda evitar la debacle. Azaña, que protegió económicamente a Valle-Inclán con responsabilidades honoríficas, lamentó más tarde su buena intención por las salidas de tono del literato. El juicio de Valle-Inclán sobre la mediocridad de

Azaña tiene una razón de ser. Coincidió en la idea general que se tenía de él al inicio de la República. La explicación de esa opinión se resume en dos factores. Uno es el desconocimiento de la personalidad de Azaña, incluso para quienes le frecuentaron en la función pública, las tertulias de café y la gestión del Ateneo. Confundieron un comportamiento comedido con una mentalidad gris y sin brío. El segundo factor nace de otra confusión, de signo contrapuesto. Consiste en la atribución a otras personalidades políticas—Maura, Lerroux, Ortega—, que habían tomado protagonismo en la esfera pública, una brillantez, arrojo y capacidad que sobrepasaba sus méritos. Uno aparenta menos de lo que vale, mientras que otros brillan como fuegos artificiales. Las memorias de Azaña, si bien no se pueden tomar como una prueba indiscutible sobre estas cuestiones, ya que es obra de una parte implicada, dan pistas sobre la entidad real de los actores políticos y de su comportamiento en situaciones comprometidas.

A finales de julio de 1931, Azaña visitó el Escorial en compañía de su mujer, María Dolores de Rivas Cherif. Rememoró entonces su estancia escolar como interno en esa localidad y las emociones que le despertó la redacción de *El jardín de los frailes*. Pero se sintió ajeno a ese lugar y despegado de lo que amaba. Se dio cuenta de que “somos otra cosa, y que todo ello pasó”, de modo que se reconoció en el doble papel de testigo y de actor (literario y político) de esa ruptura personal, que era también colectiva. Con una sagacidad indiscutible señala la confusión bajo la que sucumbirá por la incompreensión de sus coetáneos. “Hay infinito número de gentes que no sabrán nunca lo que eso significa”, es decir, lo que esa ruptura personal y republicana significa. Abundó en la identidad de los ignorantes, de quienes aseveró que son “los que se han quedado del lado de allá” así como “los que sólo han conocido ni van a conocer más que el de acá de la ruptura”. Azaña se concebía distinto en sus etapas vitales, pero apelaba en vano al conocimiento de ellas para comprender su personalidad. Fue un anhelo destinado al fracaso.

Las experiencias de Azaña aportan esos momentos de introspección tan provechosos para una presentación literaria de su vida. En las *Memorias* se pulsa un intenso contraste entre la sociabilidad del político y la soledad interior que padece. Le agota la facundia ministerial, la verbosidad del

presidente Niceto Alcalá-Zamora o la entrevista sinuosa de un visitante jesuítico, por ejemplo. Ello, a pesar de ser un excelente conversador y de preferir en sus intervenciones una oratoria extensa y parsimoniosa. "Recibiendo tantas visitas y tratando de la mañana a la noche tal número de gentes, resulta que vive uno en gran soledad y aislamiento", se duele en una anotación del 21 de agosto de 1931.

LA ECLOSIÓN DEL ORADOR

El contraste entre la vida social y la sensación de soledad interior se agranda con la incorporación a su experiencia de actuaciones oratorias. Comienzan progresivamente y de manera imparable, con un vigor dialéctico que asombra. La primera intervención que realiza en las Cortes (18-08-1931), unos días antes de dejar constancia de su sentimiento de soledad, es para contestar como ministro de Guerra a un diputado socialista. Toma esa ocasión como un ensayo técnico de voz en el salón, que supera sin dificultad. "El debut no me ha impresionado nada", manifiesta imperturbable pues presume que dominará la situación. Sobre el contenido del debate, califica la sesión de anodina.

Para superar el tedio parlamentario consignaba apuntes alusivos en su diario, con lacónicos juicios. "En el debate de Constitución, un discurso graciosísimo del cura Basilio Álvarez", escribe el 28 de agosto de 1931. Tiene de orador la figura y la voz; la voz es tan buena, que se ha hecho oír, aunque no ha proferido más que desatinos. ¡Qué lenguaje! ¡Qué incongruencias!" La descalificación es completa, por el estilo jocosos y un razonamiento absurdo. Añade con sorna dos notas del entorno, que son la diversión de que han gozado los diputados con el ridículo discurso del eclesiástico y el apuro del Nuncio, que asistía como público.

Tales apuntes de crítica oratoria, que siembran las páginas de las *Memorias* con un didactismo mordaz, son un trasunto de algo más que la capacidad discursiva. Remiten a un código ético con que fragua el político republicano. "Para mi gobernar es cuestión de tino, de tacto, de conocimiento del mundo", declara en la misma página de la reseña sobre el diputado Basilio Álvarez. Como un vaticinio de futuras amargas, considera

que, por desgracia, lo que abunda son gentes de otro tipo, díscolas y arrebatadas.

El febril período de discusiones sobre la Constitución, con sesiones insomnes de tarde y noche, puso a prueba el temple de Azaña. El 16 de septiembre de 1931 irrumpió por sorpresa la cuestión del Estado federal. La ausencia del Gobierno en la cámara parlamentaria le obligó a intervenir para que el proyecto no naufragara. "Cuando inmediatamente me levanté a contestar, ya estaba yo seguro de la situación", señala con serenidad, pues se había formado de inmediato un plan de argumentación. Eludió el debate de fondo y convenció al plenario para buscar un acuerdo de los grupos parlamentarios. Visto así, la solución dilatoria no parece meritoria, aunque lo fue, dada la crispación reinante. La expectación que causó en un salón abarrotado y atento le dieron las condiciones que precisaba para sentirse dueño de sí y ante el auditorio. "Hablé muy poco tiempo, con el asentimiento de todos, y desde el primer momento hallé el tono parlamentario, y el aplomo y la tranquilidad que habían faltado durante la sesión".

Se podrá dudar del juicio que el protagonista hace de su intervención, si somos escépticos. Pero la fórmula parlamentaria que expone, en tres rasgos rectores, resulta excelente: tono apropiado, aplomo en el razonamiento y tranquilidad de ánimo. Dar cumplimiento a esta divisa, que parece tan razonable, no es sencillo en una situación inesperada y conflictiva como la que provocó esa enseñanza. Para corroborar esa condición excepcional, Azaña concluye el pasaje con esta certeza: "Las espadas permanecen en alto para mañana, en que deberé continuar mi discurso". Su modo de prepararse para el siguiente día es anotar la reseña de la jornada, cosa que también hace en el tono apropiado, con aplomo y tranquilidad.

A esta instantánea sobre un discurso improvisado y de factura afortunada, le siguen otras sobre oradores de todo tipo. El ejemplo negativo que aduce Azaña corresponde a Jerónimo Bugueda, un joven parlamentario socialista por quien siente simpatía Azaña, aunque desapruere la técnica de su arrebatada oratoria, porque "echa discursos a una velocidad de ciento ochenta palabras por minuto, y al que es imposible seguir en sus razones",

escribe el 26 de septiembre de 1931, en uno de los asientos más extensos e informativos de las memorias. Admite que actúa de buena fe, pero le reprocha no tanto la velocidad elocutiva como tres defectos de calado, que son "lo incorrecto del lenguaje, la absurdidad de la intensión y lo inaudito de las imágenes". La combinación de estas deficiencias expone lo que para Azaña representa la hibris, la desmesura oratoria. Se debe a la carencia de un registro apropiado y, también, a la presencia de dos elementos desbocados: una vehemencia reñida con la contención de la emotividad y un barroquismo inmoderado. Todo ello, servido a un ritmo vertiginoso, para mayor excentricidad.

Azaña concibe la política parlamentaria necesariamente ligada a una oratoria capaz, el instrumento de la exposición ideológica y los acuerdos partidistas. La validez de este principio se hace notar especialmente en los meses de debate de 1931, hasta la aprobación de la Constitución. Para la diversión de Azaña, anota que el presidente del Gobierno, Alcalá-Zamora, lo considera un orador digno de toda confianza. "Al comenzar la sesión de la noche", comenta satisfecho en la entrada ya mencionada del 26 de septiembre, "el Presidente me dijo que si tenía que retirarse vencido por el cansancio, contaba con que yo me quedaría, porque solo confiaba en mi prudencia y serenidad". Esas son las máximas cualidades del rétor, como establecen las fuentes clásicas y, en particular, Aristóteles. "Estas son, pues, las cualidades que me regala don Niceto", puntualiza irónicamente Azaña, que no tiene una gran opinión de la prudencia ni la serenidad de Alcalá-Zamora.

Desafortunadamente, la tormentosa discusión del artículo de la Constitución sobre las órdenes religiosas, varias semanas después del elogio del presidente, da la razón a Azaña sobre su jefe de Gabinete. Sucede que, de improviso, el presidente Alcalá-Zamora dimite en medio del proceso constituyente y sume al Gobierno en una crisis. De ella se rehace el ejecutivo con la designación por el parlamento de Azaña como sustituto en el cargo. El discurso que este había pronunciado días antes para defender un laicismo moderado –disolución de la Compañía de Jesús y prohibición de enseñar a las órdenes religiosas–, tuvo tal éxito que su figura política se engrandeció. No parece presuntuosa, por lo tanto, la valoración que recoge

Azaña de su propia actuación, cuando escribe el 13 de octubre de 1931 lo siguiente: "el discurso me salió muy bien, como una seda, y fui midiendo el efecto que hacía casi palabra por palabra".

Las felicitaciones de los parlamentarios –Maura, Alba, Sánchez Guerra, Ortega y Gasset, Prieto, Besteiro– fueron la primera reacción de "una especie de ola que crecía por momentos", como percibió el propio protagonista, porque "el efecto del discurso se expandió velozmente por Madrid". La razón no era tanto el discurso de Azaña como su oportunidad. "El contento era general, porque se estimaba que el Gobierno había salido de un trance muy difícil". Para calibrar su gravedad basta recordar que la opción que se desestimó comportaba la disolución de todas las órdenes religiosas, una solución que habría provocado una crisis.

LEYENDA DEL PERSONAJE

En las *Memorias* hay abundantes anotaciones sobre el oficio del retórico, que aparecen en unos ciento cincuenta pasajes de las mismas. Están referidos a la oratoria pública de sí mismo y de sus colegas o a las razones con que se maneja el político en comités y recepciones. Son útiles para perfilar el retrato de Manuel Azaña, sea en situación de orador o en la íntima función de consejero de su propio proceder. En todas ellas destaca un elemento definitorio de la personalidad del personaje, que es la inteligencia con que concibe la realidad. Este rasgo de capacidad se corresponde con la opinión que merecía entre coetáneos, como asevera el escritor Francisco Ayala, que lo trató y admiró. Lo retrata así: "Adusto de temple, con un áspero e intransigente sentido de la dignidad, era –aunque detestado de algunos– generalmente respetado y aun temido por el poder de su inteligencia" (Ayala 1982: 87). Con las riendas del poder en sus manos, resultaba el político más conveniente para gobernar. Los partidos de izquierdas veían en él una garantía contra el dominio de socialistas sobre anarquistas. A su vez, los de derechas, "veían en él lo que en realidad era "un político conservador de inclinaciones autoritarias aunque de ideología liberal, y el único capaz –creían y creíamos todos– de mantener el orden", anota con rotundidad Ayala (1982: 184).

El propio Azaña, que no estaba conforme con ese retrato, reconocía que la opinión pública había dado en presentarlo como “un hombre de puños, de voluntad de acero, impasible, inflexible” (18-10-1936). La explicación que halló el interfecto para esa confusión está relacionada con un ansia de orden y paz. Con cierta coquetería, Azaña razonaba que “la gente se cree los mitos que le hacen falta, y es posible que uno concluya por ser como la gente quiere”, de modo que vino a conceder cierta veracidad a tal opinión.

En sus manos tuvo el mayor poder de la República, un destino que ni siquiera había imaginado, entregado como vivía a su vocación de hombre de letras. Francisco Ayala le reprocha que no asumiera la autoridad de que fue investido. Considera que “huyó de unas responsabilidades que, ciertamente, no había buscado y que había temido” (Ayala 1982: 184). La clave de ese infortunio es el valor, “cualidad de que Azaña carecía”, sostiene Ayala, que le admiró y le secundó políticamente. Una sensación de desamparo embarga al testigo de esa época, que recuerda con amargura cómo la mayor autoridad, ya presidente de la República, dio la espalda a la realidad del país y escogió una renuncia, la de aplicarse con esmero al decoro y protocolo de su rango.

Quién sabe si el severo juicio de Ayala no participa de dicho mito de hombre de puños e inflexible, con que el propio Azaña se describía, atendiendo a la opinión general. Quizá proyecte la leyenda más allá de lo razonable al atribuir al presidente la capacidad de infligir otro curso de los acontecimientos y para propiciar la victoria republicana. La vehemente juventud de Ayala durante la contienda conjuga con la idea esperanzada, según manifiesta, de lo que pudo suceder y se malogró trágicamente.

La eminencia oratoria de Azaña, iluminadora durante el período constituyente, no halló comunicación con otros méritos personales suyos con que guiar al país en la guerra. No obstante, de haberse producido esa conjunción de virtudes en una misma personalidad, es probable que resultase desaforado esperar una influencia tan grande como habría sido necesaria para cambiar el rumbo de la historia.

Dejando a un lado estas consideraciones, la interpretación que nos interesa aquí no es política sino literaria. Azaña ha sugerido a algunos

historiadores de la cultura el destino de un héroe shakespeariano, arrastrado a un cometido que fue más allá de su intención. Nacido con la implantación del liberalismo decimonónico, formó parte de una pléyade de intelectuales y artistas de la Edad de Plata española. José-Carlos Mainer ha tratado de esta Edad de Plata, una corriente esplendorosa y atormentada, que sitúa entre 1902 y 1939 (Mainer 1983, 2006). Como sea que las tareas de la universidad española carecían de especial relieve, en ese tiempo el desarrollo cultural recayó en entidades como la Institución Libre de Enseñanza o el Ateneo de Madrid. De este último Azaña fue secretario entre 1913 y 1919. Estas instituciones son plataformas del reformismo burgués que discurren con cálido aliento hasta los hoscos años treinta y su violenta disolución tras la contienda.

La ideología ilustrada de Jovellanos, que fue un campo de estudio de Azaña, no bastó para guiar al humanista y político en el debate republicano sobre tradición y modernidad, centralismo y federalismo, orden liberal y lucha de clases, reforma burguesa y revolución social. La fragmentación del mundo que intentaba fraguar la República quedó reflejada en el diálogo teatral *La velada de Benicarló*, que Azaña escribió en 1937. Sus personajes pueden ser el trasunto de políticos del momento que debaten sobre la guerra. Les oprime un pesimismo premonitorio, que se cumple al sucumbir todos en un bombardeo de la aviación. El filólogo Mainer (2006: 147) reconoce entre los personajes los perfiles de Indalecio Prieto, Francisco Largo Caballero y Ángel Ossorio. A su vez, la exposición de las ideas de Azaña recae en dos personajes de esa ficción, Morales y Garcés, voces coincidentes en un vaticinio desolador.

El diálogo *La velada de Benicarló*, en que Azaña reúne personalidades republicanas en un albergue turístico de costa, cuenta como una continuación literaria de sus *Memorias*. Intervienen en un acto final y funesto, entrevistado teatralmente por su autor con precocidad. Pero el acierto es, al mismo tiempo, un demérito. Al señalar a Azaña en ese trance premonitorio del signo de la guerra, los biógrafos crudamente lo califican de político paralizado por la perplejidad, a la sombra de un poder ineficaz.

Para sobrellevar con buen ánimo estas páginas sobre un tiempo aciago, el lector puede volver a las extensas e instructivas *Memorias*. En

ellas el registro es de otro signo, en particular las de 1931 a 1933, en que se goza de un tenor que oscila entre la comedia y el melodrama. Recogen con encanto el relato preciso de vivencias y la agudeza quirúrgica de quien fue protagonista. Las anotaciones de Azaña están pobladas por un repertorio extenso de personalidades. Al respecto de ese elenco, los editores rinden un servicio muy útil con un índice onomástico de personas aludidas en las *Memorias*, cuyo número supera el millar. Ahí figura quien quiera que representara algo en la política republicana.

Andrés Trapiello, con perspectiva en el género, afirma del diario de Azaña que, "desde un punto de vista histórico, puede que sea el más importante que se haya escrito en España nunca" (1998: 97). Las razones objetivas son de peso: la cantidad y precisión de sucesos, consignados con una agudeza sobresaliente. Desde el punto de vista subjetivo, Trapiello atribuye a Azaña una motivación difícilmente confesable. A saber, el temor a perder la partida de la literatura y de la política. Indica este crítico literario que quizá "Azaña pensó que solo con la vida que la política ponía a su disposición, el interés de su obra quedaría ya suficientemente resuelto" (Trapiello 1998: 97). El problema fue que se trataba de un autor sin lectores, como le calificó Unamuno; de esa opinión el propio Azaña se hizo eco con ironía en sede parlamentaria. Bien es cierto que cuando se presentaba como un escritor fracasado tenía expectativas de gloria. A todo ello, es justo reconocer que Azaña acertó al aspirar a un pasaje en la historia como literato. Acertó en parte, pues lo que perdura con valor no es tanto su obra como su vida. Quiso ser escritor y vivió su ocio entre escritores, tertulianos y ateneístas. La inquina de Unamuno, cuenta Trapiello (1998: 102), atribuía a Azaña la capacidad de "montar una revolución con el solo fin de poder tener esos lectores que su obra no le había arrimado". Unamuno concebía a Azaña como un peligro.

LA REDENCIÓN DE LA ORATORIA

Las *Memorias* tienen un componente literario y otro de signo político. En un hombre público como Azaña, el diario fue algo más que un registro de hechos e impresiones, porque constituyó un argumentario para acciones posteriores, un medio de prueba para hacer un alegato de defensa. La

reunión de esos dos aspectos aportó a Azaña la motivación literaria oportuna. Contó con un factor favorable, la limitación de tiempo para la escritura, a pesar de que parezca lo contrario. La urgencia de las anotaciones, que privaron al autor de tiempo de gobierno, orientó al escritor a la síntesis de las ideas y al relato lacónico. Abandonó así el estilo arcaizante y casticista de la autobiografía escolar de *El jardín de los frailes*. Al desembarazarse de aquella escritura impostada y solemne, sus diarios resultan "algo vivo y en ocasiones prodigiosamente elegante y medido", observa impresionado Trapiello (1998:103).

El resultado de esta febril grafomanía no es tanto un diario político como la novela de un hombre. Es una historia verídica que captura la Comedia Humana en tiempos de la II República. Si bien el protagonista apenas habla de su vida privada y en absoluto de su intimidad, lo que cuenta está a salvo de la vanidad, porque la inteligencia del escritor le previene contra la deformación infantil de la realidad. Por otra parte, para colmar lagunas u omisiones el lector puede añadir a estas páginas lo que ya sabe por la Historia. El hombre gris que Azaña había sido deja paso, en los diarios republicanos, al guía mejor informado para recorrer el laberinto de la política española.

La conclusión a la que llegan los críticos hoy es que Azaña intentó ganar la partida a la Historia de la mano de la literatura, lo hizo con las *Memorias políticas (1931-1933)* y *Memorias de guerra (1936-1939)*. Al redactar estas últimas, las de guerra, sabía que él y la República habían perdido la Historia, una convicción que se desprende también de *La velada de Benicarló*. Azaña daba por perdida la partida de la política e intentó con las *Memorias* no perder también la partida de la literatura.

Las contradicciones de la figura de Azaña son dolorosamente llamativas. La fama de su figura colide con la incomprensión con que se ha juzgado su persona. La ambición literaria y política de su trayectoria chocan con la amarga realidad de un fracaso en ambos campos, el de las letras y del de las armas políticas. La autoridad de su función presidencial desemboca en una incapacidad personal, resguardada a la sombra del poder. Un presidente reducido a garante del protocolo de la República es la imagen de la impotencia.

Desafortunadamente, estas contradicciones personales son también un reflejo de la historia del país. A Manuel Azaña le redime, en parte, una faceta suya en que se muestra magistral, la de orador parlamentario. Sus discursos parlamentarios y de contienda política constituyen la obra más armoniosa, expresiva e influyente de su producción. En esos discursos se pulsa un sentido de la proporción y la clarividencia, cualidades estas particularmente meritorias en tiempos agitados por la fiebre constitucional y por la desolación de la guerra. La voz que mana de esos documentos nos remite a dos escenarios. Uno de ellos es el de la argumentación retórica, que apela a recursos que maridan con el tono expresivo apropiado, el aplomo de la convicción y la tranquilidad del orador experimentado. De ello habla en las *Memorias*, al comentar sus encuentros y alocuciones, sin el defecto del didactismo y con el encanto de relatos sobre las circunstancias y los interlocutores de sus relaciones.

Los recursos retóricos, que manejó dialécticamente con argumentos elaborados e imágenes sugerentes, refieren un escenario de la producción discursiva de Azaña. El otro escenario es el de los acontecimientos políticos, sustentados por instituciones políticas y por los géneros discursivos de la entrevista social, la conferencia entre pares y la alocución pública. Ese segundo escenario, que aprehendemos de los papeles de Manuel Azaña, despliega un repertorio de personajes, envueltos en acontecimientos que han pasado a los libros de historia.

Él mismo, protagonista de los sucesos y voz narrativa de las *Memorias*, era un enigma en tiempos de esplendor. "Ahora hay muchas gentes empeñadas en saber cómo soy y cómo he sido", declara divertido Azaña (21-03-1932). La dificultad de explicarse bien no es un defecto que predique de sí mismo, sino de aquellos que le importunaban sin remisión. De una jornada de audiencias como la de muchos días, declara con fastidio que "ya no recuerdo las comisiones que recibí ni las tonterías que tuve que escuchar" (23-03-1932). La lapidaria explicación que da es de raíz retórica: "Esto de que la gente no sepa explicarse pronto y bien es terrible".

El resultado de las *Memorias políticas (1931-1933)* y *Memorias de guerra (1936-1939)* es muy convincente. Presentan con viveza unos episodios que alientan nuestra imaginación. Tienen el aliciente de un

narrador que forma parte de la trama de unos trascendentes sucesos políticos. A propósito de esos sucesos, Manuel Azaña monologa en sus cuadernos. El efecto paradójico de la Historia es que con estas *Memorias* se atempera y aún invierte el juicio negativo que formulan los críticos sobre el fracaso de la obra literaria y política de Manuel Azaña. La labor oratoria de Azaña es un ámbito de redención, en el que sobresale su figura. Profesa una capacidad retórica que cincela las claves del laberinto español, un laberinto del perdón imposible y de la libertad perdida.

BIBLIOGRAFÍA

- ALTED, Alicia (1996): "Azaña o el don laico de la palabra". En A. Alted, A. Egido y M^a. F. Mancebo, *Manuel Azaña. Pensamiento y acción*, Madrid, Alianza, 1996; pág. 211–236.
- ALTED, Alicia; EGIDO, Ángeles; MANCEBO, M^a. Fernanda (1996): *Manuel Azaña. Pensamiento y acción*. Madrid: Alianza.
- AYALA, Francisco (1982): *Recuerdos y olvidos*. Madrid: Alianza.
- AZAÑA, Manuel (1931–1936): *Discursos parlamentarios*. Madrid: Publicaciones del Congreso de los Diputados, 1992.
- AZAÑA, Manuel (1978): *Memorias políticas: 1931–1933*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996
- AZAÑA, Manuel (1978): *Memorias de guerra: 1936–1939*. Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1996.
- MAINER, José-Carlos (1983): *La edad de plata (1902–1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra.
- MAINER, José-Carlos (2006): *Años de vísperas. La vida de la cultura en España (1931–1939)*. Madrid: Austral.
- OSSORIO y GALLARDO, Ángel (1977): *La España de mi vida. Autobiografía*. Barcelona: Grijalbo.
- TRAPIELLO, Andrés (1994): *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936–1939)*. Barcelona: Destino.
- TRAPIELLO, Andrés (1998): *El escritor de diarios. Historia de un desplazamiento*. Barcelona: Península.